

Entre la Isla y la diáspora: Los estudios sobre la migración en Puerto Rico y la *Revista de Ciencias Sociales*

JORGE DUANY

Departamento de Sociología y Antropología
Universidad de Puerto Rico, Río Piedras

RESUMEN

Desde la década de los cuarenta, la población de Puerto Rico ha experimentado transformaciones rápidas, profundas y duraderas, especialmente una creciente movilidad dentro y fuera de la Isla. Entre 1957 y 1990, la *Revista de Ciencias Sociales* publicó más de una docena de artículos sobre la migración en Puerto Rico. Este ensayo se enfoca en los estudios sobre la migración entre Puerto Rico y los Estados Unidos, y desde Cuba y República Dominicana hacia Puerto Rico. El objetivo básico del autor es analizar las principales contribuciones de los artículos publicados en la *Revista* sobre estos dos temas, así como señalar algunas de sus limitaciones teóricas y metodológicas. El artículo está organizado en torno a las cinco disciplinas que le han prestado mayor atención a la migración en la Isla: la demografía, la antropología, la sociología, la economía y la historia. En síntesis, la *Revista de Ciencias Sociales* ayudó a divulgar investigaciones fundamentales para el análisis y comprensión de los diversos movimientos poblacionales en Puerto Rico. Los ensayos publicados reflejan algunas de las preocupaciones recurrentes de los científicos sociales en la Isla entre los años cincuenta y ochenta. La vigencia contemporánea de tales preguntas sugiere que, aunque muchas de las respuestas ofrecidas ya estén obsoletas o sean discutibles, queda mucha tela por donde cortar en que concierne a los desplazamientos poblacionales entre la Isla y la diáspora. [**Palabras clave:** migración, diáspora, población, ciencias sociales, Puerto Rico.]

ABSTRACT

Since the 1940s, the population of Puerto Rico has experienced rapid, profound, and lasting transformations, especially a growing mobility both within and outside the Island. Between 1957 and 1990, the *Revista de Ciencias Sociales* published more than a dozen articles on migration in Puerto Rico. This essay focuses on studies of migration between Puerto Rico and the United States, and from Cuba and the Dominican Republic to Puerto Rico. The author's basic objective is to analyze the main contributions of the articles published in the journal about these two topics, as well as to point out some of their theoretical and methodological limitations. The article is organized around the five disciplines that have paid more attention to migration on the Island: demography, anthropology, sociology, economics, and history. In synthesis, the *Revista de Ciencias Sociales* helped to divulge research that is fundamental to the analysis and understanding of diverse population movements in Puerto Rico. The published essays reflect some of the recurring concerns of the Island's social scientists between the 1950s and 1980s. The contemporary relevance of such questions suggests that, although many of the proposed responses are already obsolete or may be debated, much remains to be studied on population displacements between the Island and the diaspora. [Keywords: migration, diaspora, population, social sciences, Puerto Rico.]

Desde la década de los cuarenta, la población de Puerto Rico ha experimentado transformaciones rápidas, profundas y duraderas. Primero, la caída de la agricultura y el auge de la manufactura bajo el programa gubernamental Operación Manos a la Obra desplazaron a gran parte de la población rural hacia San Juan y otros centros urbanos de la Isla. Segundo, la migración interna nutrió al éxodo masivo hacia los Estados Unidos, especialmente la ciudad de Nueva York. Tercero, la emigración, junto con la difusión de los métodos de planificación familiar, redujo drásticamente el ritmo de crecimiento poblacional entre 1940 y 1960. Cuarto, durante los años sesenta aumentó notablemente la inmigración extranjera, particularmente desde Cuba y la República Dominicana. Por último, la migración de retorno se intensificó en los setenta, incluyendo a una segunda generación de puertorriqueños nacidos en los Estados Unidos. En menos de cincuenta años, la población de Puerto Rico pasó a ser predominantemente urbana, prácticamente dividida por la mitad entre la Isla y la diáspora, y cada vez más diversa en sus orígenes y destinos geográficos.

Entre 1957 y 1990, la *Revista de Ciencias Sociales* publicó más de una docena de artículos sobre los movimientos poblacionales en Puerto Rico. Además, varios trabajos examinaron asuntos demográficos relacionados con la migración, tales como la fertilidad y el urbanismo. En este ensayo, me enfocaré en los estudios sobre la migración entre Puerto Rico y los Estados Unidos, y desde Cuba y República Dominicana hacia Puerto Rico. Mi objetivo básico es analizar las principales contribuciones de los artículos publicados en la *Revista* sobre estos dos temas, así como señalar algunas de sus limitaciones teóricas y metodológicas. De esta manera, tal vez este ensayo retrospectivo pueda ayudar a adelantar la agenda de investigación sobre los movimientos poblacionales en el Puerto Rico contemporáneo. Para propósitos de exposición, he organizado mi trabajo en torno a las cinco disciplinas que le han prestado mayor atención a la migración en la Isla: la demografía, la antropología, la sociología, la economía y la historia. Sin embargo, debe tenerse en mente que el objeto de estudio es interdisciplinario por definición y que cada una de estas disciplinas sólo puede ofrecer un conocimiento parcial sobre los fenómenos migratorios.

Cuántos son, quiénes son y dónde están: La migración desde una perspectiva demográfica

El demógrafo José Luis Vázquez Calzada fue uno de los especialistas más tempranos, prolíficos y perspicaces sobre la migración en Puerto Rico. Durante el período reseñado, la *Revista* publicó cuatro artículos suyos sobre la emigración puertorriqueña, la inmigración extranjera, la inmigración norteamericana y la migración de retorno en la Isla. Además, aparecieron varias de sus investigaciones sobre el crecimiento y la distribución de la población, la fecundidad, las uniones consensuales y la esterilización en Puerto Rico. Los trabajos de Vázquez Calzada constituyen la obra más completa y mejor documentada sobre la población de Puerto Rico hasta la fecha.

En su primer ensayo para la *Revista de Ciencias Sociales*, Vázquez Calzada (1963) anuncia lo que serán muchas de sus principales preocupaciones a lo largo de tres décadas de intensa labor académica. Desde el título se pregunta si la emigración puertorriqueña hacia los Estados Unidos debe plantearse como una solución o un problema. Su contestación a este dilema teórico y político es contundente: “la emigración no es, ni puede ser, solución para el problema del desbalance entre población y recursos” (1963: 327). Esta postura crítica lo llevará a denunciar la política del gobierno de Puerto Rico de patrocinar –o al menos facilitar– el éxodo de trabajadores excedentes para reducir las tasas de crecimiento poblacional y desempleo en la Isla. En particular, Vázquez Calzada censura el uso de la migración como una estrategia de desarrollo ineficiente y costosa a largo plazo, así como moralmente cuestionable. En otros trabajos, el autor elaborará su argumento de que la emigración no puede servir como una válvula de escape para las presiones demográficas y económicas de un país (Vázquez Calzada, 1979). En un ensayo posterior, he extendido esa perspectiva a otras migraciones caribeñas (Duany, 1993).

En la década de los setenta, Vázquez Calzada publicó junto con Zoraida Morales del Valle tres ensayos pioneros sobre la inmigración en Puerto Rico. El primero de ellos gira en torno a la población de origen norteamericano, cubano y dominicano en la Isla (Vázquez Calzada y Morales del Valle, 1979b). La contribución primordial de este artículo es detallar por primera vez las características demográficas, los grados de escolaridad, los patrones ocupacionales, las actividades económicas y los niveles de ingreso de los tres grupos de extranjeros más numerosos en Puerto Rico. El ensayo sigue siendo una referencia obligada para los estudiosos del tema, aunque las cifras poblacionales hayan cambiado desde entonces. Sin embargo, el análisis y las conclusiones de Vázquez Calzada y Morales del Valle pueden debatirse por razones metodológicas. Sobre todo, la clasificación del origen de los inmigrantes descansa en el lugar de nacimiento de uno de sus padres. Según este procedimiento, las personas de ascendencia mixta –como, por ejemplo, cubana y española, o norteamericana y puertorriqueña– son consideradas “nativas” o “extranjeras” de forma arbitraria, sin tomar en cuenta otros factores, como el sentido de identidad nacional. Claro está, este aspecto subjetivo es muy difícil de medir desde una perspectiva demográfica.

Buena parte de los aciertos y desaciertos de este trabajo se deriva de su fuente de datos, la muestra del 3% del censo de la población de Puerto Rico de 1970 –el Public Use Microdata Sample (PUMS). Como muchos demógrafos en los Estados Unidos y Puerto Rico, Vázquez Calzada y Morales del Valle utilizan esta muestra por ser accesible, representativa y fácil de manejar estadísticamente. De ahí que logren manipular múltiples variables demográficas –como edad, sexo, estado civil, tamaño del hogar o promedio de hijos por mujer– sobre muchas personas. Lamentablemente, los datos censales tienen numerosas limitaciones para los estudios de la migración –entre ellas, la falta de una perspectiva longitudinal entre una década y otra, los cambios en las definiciones operacionales de las categorías analíticas y el subconteo de sectores importantes

de la población, como las minorías étnicas y los inmigrantes indocumentados (Duany, Hernández Angueira y Rey, 1995). En su ensayo, Vázquez Calzada y Morales del Valle no reconocen estos problemas metodológicos, sino que parecen suponer que el censo es un reflejo transparente de la población del país.

En su segundo artículo para la *Revista*, los autores básicamente reciclan los datos demográficos y socioeconómicos sobre la población extranjera en Puerto Rico (Vázquez Calzada y Morales del Valle, 1979a). Los hallazgos y conclusiones de este artículo difieren poco del anterior. Nuevamente se destacan las marcadas diferencias entre los extranjeros —especialmente los cubanos— y los nativos de la Isla, en cuanto a su composición por edad, sexo, estado civil, educación, empleo e ingresos. Vázquez Calzada y Morales del Valle reiteran su posición de que los cubanos (y, en menor medida, los dominicanos) representan una elite, es decir, “un grupo selecto” (1979a: 273) y aventajado (1979a: 287) frente a los demás grupos extranjeros así como los nativos del país. Al igual que el primer ensayo, éste viene acompañado de docenas de cuadros estadísticos desglosados por origen nacional. No obstante, este trabajo no adelanta sustancialmente la agenda de investigación de los autores sobre la migración en Puerto Rico.

El tercer ensayo de la serie aborda a un grupo de difícil estudio en la Isla —los migrantes de retorno y sus descendientes— debido precisamente al lugar de nacimiento de éstos últimos. Técnicamente, los migrantes de retorno y los puertorriqueños nacidos fuera de la Isla son dos grupos distintos, pero frecuentemente forman parte de los mismos hogares que se mudan hacia la Isla. Vázquez Calzada y Morales del Valle (1980: 4) definen operacionalmente a la población de ascendencia puertorriqueña como “todas aquellas personas nacidas fuera de Puerto Rico cuyo padre o madre (o ambos padres) hubiesen nacido en Puerto Rico”. Como señalé anteriormente, esta definición es problemática, porque le asigna una prioridad absoluta al lugar de nacimiento de los padres al determinar la identidad nacional de una persona. Además, es inconsistente con el criterio utilizado en ensayos anteriores de los autores, en que el lugar del nacimiento del padre (no de la madre) determinaba la ascendencia.

Independientemente de sus fallas conceptuales, este artículo de Vázquez Calzada y Morales del Valle documenta la creciente presencia de los llamados nuyoricans en la Isla —es decir, los hijos de los migrantes puertorriqueños que comenzaron a regresar en masa a partir de los años sesenta. El mayor mérito del ensayo es anticipar el impacto demográfico y económico de la migración de retorno, que se intensificó en décadas subsiguientes, así como su concentración geográfica en el área metropolitana de San Juan. Además, los autores le prestan especial atención al aumento de los inmigrantes de origen puertorriqueño en las escuelas públicas del país, que requieren programas de educación bilingüe para estudiantes cuya primera lengua es el inglés. Al igual que en sus ensayos previos, Vázquez Calzada y Morales del Valle organizan su exposición a través de la descripción y el análisis de los datos agregados provenientes del censo de 1970. Otros estudiosos han actualizado la información sobre los migrantes de retorno con los resultados censales de 1980 y 1990 (Cordero-Guzmán, 1989; Godoy et

al., 2002; Muschkin, 1993; Santiago y Rivera-Batiz, 1996).

En retrospectiva, llama la atención la falta de un marco teórico integrado para clasificar, diferenciar y explicar los tres flujos migratorios en Puerto Rico: (1) la emigración; (2) la inmigración extranjera y (3) la migración de retorno. Ninguno de los ensayos reseñados ofrece una interpretación coherente de las causas y efectos de la migración, aunque el primer trabajo de Vázquez Calzada (1963) se distancia de las perspectivas neomalthusianas que insisten en el desfase entre los recursos naturales y económicos, y el crecimiento de la población. El énfasis en la descripción más que en la explicación es una de las constantes de la obra de Vázquez Calzada (véase, por ejemplo, su libro de 1988). Metodológicamente, sus investigaciones tienden a utilizar estadísticas descriptivas como frecuencias, porcentajes y promedios, más que estadísticas inferenciales, como ecuaciones de regresión múltiple. Por lo tanto, sus aportaciones a los estudios sobre la migración en Puerto Rico se prestan a la acusación de un empirismo radical y hasta de positivismo.

La cultura nacional y la diáspora:

La migración desde una perspectiva antropológica

El conocido antropólogo Eduardo Seda Bonilla fue uno de los primeros estudiosos puertorriqueños en tratar (y maltratar) el tema de la diáspora boricua hacia los Estados Unidos. Sus ensayos tienen el mérito de plantear seriamente lo que él llama “el problema de la identidad de los niuyorricans” (1972), especialmente en el contexto del discurso racial bipolar dominante en los Estados Unidos. La *Revista de Ciencias Sociales* publicó dos artículos suyos sobre cuestiones migratorias durante el período aludido, además de numerosos ensayos sobre asuntos relacionados con la cultura puertorriqueña, como los derechos civiles, el prejuicio racial, el desarrollo comunitario y la educación. Posteriormente, el autor revisó varios de estos artículos y los reunió en dos volúmenes clásicos para las ciencias sociales en la Isla: *Los derechos civiles en la cultura puertorriqueña* (1973 [1963]) y *Réquiem para una cultura* (1980 [1974]).

En su primer ensayo sobre los puertorriqueños en los Estados Unidos, Seda Bonilla (1958) señala acertadamente lo que ahora se llamaría su “racialización”, es decir, la asignación de una identidad “no blanca” a toda la población boricua por parte de la sociedad norteamericana. El autor subraya una de las consecuencias más perturbadoras del choque entre los discursos raciales de la Isla y el continente: “Las personas que en Puerto Rico disfrutaban de una posición socio-racial intermedia, pierden al entrar en la estructura social norteamericana, esa posición legítima y claramente sancionada en la estructura social puertorriqueña” (1958: 196). El dilema es particularmente agudo para aquellas personas clasificadas como “trigueñas” en la Isla, pero que generalmente son consideradas negras en los Estados Unidos. Basándose en su estudio etnográfico de tres vecindarios del barrio puertorriqueño de Nueva York (East Harlem) a fines de los años cincuenta, Seda Bonilla vaticina que los migrantes y

sus descendientes desarrollarían un patrón de asimilación bifurcado racialmente. Los puertorriqueños negros y mulatos pobres seguirían el modelo de los afroamericanos, mientras los blancos de clase media adoptarían el modelo de los inmigrantes del sur de Europa. El grupo blanco y de origen campesino, según el autor, seguiría identificándose primordialmente como puertorriqueño y preservando elementos importantes del legado cultural insular, aun en la tercera generación.

Cuatro décadas más tarde, resulta difícil constatar la exactitud del pronóstico de Seda Bonilla. Sin embargo, los datos censales sugieren que la inmensa mayoría de los puertorriqueños en los Estados Unidos actualmente no se definen como negros, sino como blancos u “otros”, incluyendo hispanos, latinos, boricuas, trigueños e indios (Duany, 2002: capítulo 10). En el censo de 2000, el 46.4% de los puertorriqueños residentes en el continente dijo ser blanco y el 38.2% escogió la opción de “alguna otra raza” (Inter-University Program for Latino Research, 2002). Seda Bonilla tiene razón al apuntar que la posición social intermedia de los mulatos no es reconocida públicamente en los Estados Unidos como en Puerto Rico. Pero eso no significa que los inmigrantes tengan que “asimilarse” a uno de los dos polos opuestos del sistema sociorracial norteamericano. Tal parece que la creciente popularidad del rótulo “otro”, junto con la aceptación oficial de la categoría de “hispano”, les ha permitido a muchos puertorriqueños y otros latinos evadir la rígida línea divisoria entre blancos y negros en los Estados Unidos.

En otro artículo publicado en la *Revista*, Seda Bonilla (1972) retoma el asunto de la identidad nacional de los puertorriqueños en la diáspora. Aquí, el autor arremete contra lo que percibe como la renuncia de la cultura puertorriqueña entre los hijos de los migrantes, los llamados niuyorricans: “El hecho real es que muchos puertorriqueños de segunda generación han perdido sus raíces, permaneciendo puertorriqueños solamente a base de la pauta cultural norteamericana que define la identidad de los individuos a base de la raza” (1972: 456). Seda Bonilla se lamenta particularmente por el desplazamiento del español por el inglés como lengua materna y descarta vehementemente que la poesía niuyorrican pueda formar parte de la literatura puertorriqueña, precisamente porque la primera está escrita mayormente en inglés. En conclusión, el autor sentencia categóricamente: “el Niuyorrican es hoy por hoy el prototipo del hombre sin patria” (1972: 459).

Retroactivamente, queda claro que el fuerte discurso nacionalista de Seda Bonilla ofusca su mirada a la diáspora, así como su breve experiencia como director de un programa de estudios puertorriqueños en Nueva York. Además, toda su obra muestra un profundo pesimismo que se traduce en el título de uno de sus libros más famosos –*Réquiem para una cultura* (1974)– y en su doble obsesión con la “crisis” de la identidad nacional puertorriqueña y el insidioso racismo del imperialismo yanqui. En el fondo, la caracterización negativa de los migrantes boricuas y sus descendientes en los Estados Unidos se basa en las impresiones personales del autor más que en datos etnográficos o estadísticos recopilados sistemáticamente. Más aun, Seda Bonilla define la puertorriqueñidad a partir de

un criterio exclusivamente lingüístico –hablar español como primer idioma– y niega que la experiencia diaspórica pueda enriquecer a la cultura puertorriqueña. Finalmente, en este ensayo y en buena parte de su obra, el autor tiende a contraponer tajantemente los “dos modelos de relaciones raciales” en Puerto Rico y los Estados Unidos, insinuando que el modelo puertorriqueño –más fluido, más abierto y supuestamente más justo– es moralmente superior al norteamericano. Desde su perspectiva, el sistema imperante en la Isla le asegura una “posición legítima y claramente sancionada” a los mulatos. Estos planteamientos de Seda Bonilla sobre la diáspora y la raza han generado intensas polémicas académicas, particularmente entre los intelectuales de la diáspora puertorriqueña en Nueva York (Flores, Attinasi y Pedraza, 1981; Rodríguez, 2000).

Los estudios antropológicos sobre la inmigración extranjera en la Isla tuvieron que esperar hasta fines de los años ochenta para su publicación en la *Revista de Ciencias Sociales*. En mi primer ensayo sobre el tema, abordé la inmigración cubana y dominicana desde la perspectiva de la antropología urbana (Duany, 1987). Este artículo, basado en un capítulo de mi tesis doctoral, trata de situar a los dos grupos minoritarios dentro de la estructura física, económica y social del área metropolitana de San Juan. Representa un primer intento por repensar las relaciones étnicas en Puerto Rico a partir de la inmigración caribeña desde los años sesenta. Los datos del censo de 1970 revelaban un patrón de asentamiento relativamente concentrado para los cubanos, especialmente en áreas residenciales suburbanas de clase media. Estos datos sugerían una rápida movilidad social ascendente para los inmigrantes debida a su trasfondo socioeconómico en Cuba y su inserción ventajosa en el mercado laboral de Puerto Rico. Desgraciadamente, no existían datos comparables sobre la distribución geográfica de los dominicanos cuando se publicó este artículo. Los resultados del censo de 2000 confirman que los dominicanos están mucho más segregados residencialmente que los cubanos en San Juan. La mayoría de los inmigrantes dominicanos se concentra en vecindarios pobres de los centros urbanos, tales como Barrio Obrero en Santurce y Barrio Capetillo en Río Piedras (Duany, 2003). Este patrón de asentamiento sugiere una peligrosa “guetificación” étnica, racial y de clase de los dominicanos en Puerto Rico, que requiere mayor investigación.

Integración social, identificación racial y circulación: La migración desde una perspectiva sociológica

La *Revista de Ciencias Sociales* publicó una de las pocas investigaciones sociológicas sobre los inmigrantes norteamericanos en Puerto Rico. Virginia M. Seplowin (1963), entonces estudiante de ciencias sociales en la Universidad de Puerto Rico, entrevistó a 24 mujeres norteamericanas de clase media para determinar su grado de “integración” a la sociedad puertorriqueña. A pesar de las limitaciones propias de la muestra, el estudio arroja algunos resultados sugerentes, como el que las mujeres entrevistadas hablaran mejor el español que sus esposos, o que casi todos sus hijos estuvieran aprendiendo español. La mayoría de las

participantes en el estudio expresó una opinión favorable de los puertorriqueños, recalcando su carácter servicial, amigable y alegre. No obstante, la autora concluye que las diferencias lingüísticas y culturales, así como los estereotipos sociales, dificultan la participación de los inmigrantes norteamericanos en las redes de amistad, vecindad y negocios de los puertorriqueños. Finalmente, da la impresión de que los norteamericanos no se estaban “asimilando” a la sociedad insular. La propia Seplowin reconoce la necesidad de escudriñar este problema con una muestra más amplia. Debido a la escasez de estudios posteriores, se sabe muy poco sobre las prácticas y valores culturales de los norteamericanos residentes en Puerto Rico.

Más adelante, la misma autora redactó otro ensayo, basado en su tesis doctoral, sobre la identificación racial de los puertorriqueños en Filadelfia. Seplowin (1971) observó los rasgos faciales de 30 participantes en un programa de adiestramiento y empleo; los clasificó como blancos, negros o mulatos; y les pidió que se definieran a sí mismos en términos raciales. Casi la mitad se clasificó simplemente como “puertorriqueños”, ni blancos ni negros. Curiosamente, la autora considera a una proporción mucho mayor de personas como blancas que negras, partiendo de sus propias observaciones. Al igual que en su estudio previo, esta muestra de Seplowin es demasiado pequeña y poco representativa en un sentido estadístico como para generalizar sus resultados a toda la población migrante. Sin embargo, eso es exactamente lo que hace la autora al concluir que “Los puertorriqueños [se] percatan [de] la actitud negativa de la sociedad blanca norteamericana hacia el negro y, por lo tanto, tratan de fortalecer su identidad como grupo cultural para no caer víctimas del estigma que se le adscribe a los negros”. Esa tesis, que concuerda con el sentido común y con la apreciación del ya citado Seda Bonilla, debe matizarse con otros factores para explicar la creciente racialización de los puertorriqueños y otros latinos como un grupo intermedio entre blancos y negros en los Estados Unidos (Duany, 2002: capítulo 10; Rodríguez, 2000).

La *Revista* editó otro artículo sobre la estratificación sociorracial de los migrantes puertorriqueños, utilizando datos censales de 1950. Nathan Kantrowitz (1971) comienza señalando las diferencias educativas y ocupacionales entre las personas “blancas” y “no blancas” en la Isla, aunque nunca cuestiona la validez de tales categorías. Después sostiene que “algunas de las diferenciaciones raciales en la Isla son transportadas al continente mediante la migración” (1971: 391). Finalmente, insiste en las desventajas socioeconómicas de los puertorriqueños “no blancos” frente a los “blancos” en los Estados Unidos. Estudios posteriores han confirmado la correlación entre la identificación racial y la posición de clase de los migrantes (Landale y Oropesa, 2002; Rodríguez, 1991). No obstante, aún no está totalmente claro cómo intervienen las diferencias de clase, género, generación, lugar de nacimiento y lugar de residencia en la autopercepción racial de los puertorriqueños. Incluso, sorprende que la identificación racial varíe tanto de un estado a otro —por ejemplo, el 67.1% de los puertorriqueños residentes en la Florida dijo ser blanco en el censo de 2000, comparado con sólo un 5% de los

residentes en Connecticut (Inter-University Program for Latino Research, 2002).

A mediados de los años ochenta, la Revista publicó un texto seminal sobre la migración circular entre Puerto Rico y Estados Unidos. En vez de migración de retorno, el sociólogo Juan Hernández Cruz (1985: 81) reconceptualiza al movimiento continuo de obreros boricuas “como un proceso de circulación en conexión con el modo de producción y los cambios estructurales en ambos polos del circuito: Puerto Rico-Estados Unidos”. Partiendo del materialismo histórico, el autor destaca las causas estructurales de los desplazamientos poblacionales, especialmente las transformaciones en el sistema capitalista en la Isla a lo largo del siglo XX. Concretamente, Hernández Cruz analiza las historias de vida de 100 puertorriqueños residentes en la ciudad de Nueva York a principios de los años ochenta. Los resultados muestran un altísimo nivel de circulación —un 41%— entre la Isla y el continente norteamericano. Aunque el autor detecta varios patrones de movilidad entre los entrevistados, concluye que se trata mayormente de una “población sobrante” como consecuencia de su “desposesión de los medios de producción” y su conversión en un “ejército industrial de reserva”.

A pesar de sus contribuciones conceptuales, este ensayo presenta varias limitaciones. El propio Hernández Cruz reconoce la pequeña cantidad de casos examinados y la posibilidad de que estos no constituyan una muestra estadísticamente representativa. Yo añadiría que el método de selección de la muestra —una combinación de técnicas al azar, por cuota y por “bola de nieve”, es decir, basándose en referencias por reputación— no permite generalizar los resultados cuantitativos al resto de la población migrante. Más aun, el realizar las entrevistas en Nueva York y no en Puerto Rico puede haber sesgado los resultados de un modo desconocido. Teóricamente, las categorías marxistas de “población sobrante” y “ejército de reserva industrial” no agotan las características sociodemográficas ni las complejas experiencias y motivaciones personales de los migrantes. Estudios posteriores han propuesto interpretaciones menos economicistas y más optimistas de la circulación de puertorriqueños entre la Isla y la diáspora (Duany, 2002: capítulo 9; Godoy *et al.*, 2002; Hernández y Scheff, 1996-97; Rodríguez, 1993).

La *Revista de Ciencias Sociales* publicó otro ensayo de reflexión sociológica a fines de los años ochenta sobre la diáspora dominicana. Adoptando una perspectiva neomarxista, Laura L. Ortiz Negrón (1988) vincula la migración contemporánea con la creciente movilidad del capital y la posición de cada país dentro de la división internacional del trabajo. Para la autora, la explicación del éxodo dominicano hacia Puerto Rico reside básicamente en la reestructuración del capitalismo tanto en el país emisor como en el receptor. Su ensayo hace hincapié en la Iniciativa para la Cuenca del Caribe (ICC), un programa del gobierno de los Estados Unidos que le asignó a Puerto Rico un papel protagónico en la región durante los años ochenta, a partir de la reinversión de los fondos de la sección 936 del Código federal de rentas internas. Según Ortiz Negrón, “Puerto Rico como emisor de capital, ya sea mediante fondos 936 o las plantas gemelas, y por su desarrollo socioeconómico, va creando los vínculos objetivos

que manifiestan una jerarquización económica que genera a su vez, el puente ideológico del Norte, en este caso Puerto Rico como un lugar para una mejor vida, por lo menos para trabajar” (1988: 152). Aunque esta hipótesis puede ayudar a explicar por qué el éxodo dominicano se aceleró durante los años ochenta, no encaja muy bien con el inicio de la migración masiva a principios de los sesenta, ni con su intensificación después de la terminación de la ICC y la sección 936 en los noventa. Otros trabajos de investigación empírica han identificado factores adicionales para la migración dominicana hacia Puerto Rico, como la demanda de mano obra barata en los sectores de los servicios, la construcción y la agricultura (Duany, 1990; Duany, Hernández Angueira y Rey, 1995; Iturrondo, 2000; Pascual Morán y Figueroa, 2000). También habría que tomar en cuenta el papel de las redes sociales, especialmente las familiares, en el mantenimiento y aumento del éxodo dominicano hacia nuestra Isla.

Las fuerzas de atracción y repulsión:

La migración desde una perspectiva económica

Durante el período reseñado, la *Revista de Ciencias Sociales* publicó un solo análisis econométrico de la migración interna. En un breve ejercicio de modelaje estadístico, Walter H. Bruckman (1978: 145) se propone “probar que la migración en Puerto Rico es más de tipo empujada que halada”. El uso recurrente de estos términos sugiere que el marco de referencia de su estudio es la teoría neoclásica, que acentúa los factores económicos de atracción (como la expectativa de un mejor nivel de vida en la región receptora) y repulsión (como la falta de oportunidades de empleo en la región emisora). De tal modo, el autor trata de medir el peso relativo de las variables que “halaron” o “empujaron” la emigración rural-urbana en la Isla entre 1960 y 1970. Después de especificar dos modelos predictivos, Bruckman procesó los datos censales pertinentes y estimó los valores estadísticos utilizando varias ecuaciones matemáticas. Los resultados validan su hipótesis de que “la emigración interna en Puerto Rico ha sido fundamentalmente... causada por condiciones de pobreza en las regiones afectadas y no necesariamente por el atractivo de otras regiones más prósperas” (1978: 160-161).

Para un lego en economía, esta conclusión puede resultar autoevidente y hasta anticlimática. Me pregunto si hacía falta invertir tanto esfuerzo intelectual en demostrar que la mayoría de la gente en Puerto Rico (y en otros países) se muda de un lugar a otro buscando un mejor bienestar económico. (Vázquez Calzada [1981] documentó mejor estos movimientos internos de la población de la Isla en otro artículo publicado en la *Revista*.) Por mi parte, no dudo que en muchos casos la migración sea más “empujada” que “halada”. Sí me parece cuestionable –como a muchos otros estudiosos– reducir las causas de la migración a decisiones, motivaciones y características puramente económicas e individuales. Hace tiempo que se vienen criticando las premisas ideológicas de la teoría neoclásica sobre los movimientos poblacionales y se ha demostrado la necesidad de enmarcar

tales movimientos en su contexto histórico, social y político más amplio. Por lo tanto, el ensayo de Bruckman (1978) aporta pocos conocimientos nuevos sobre la migración en Puerto Rico.

¿El tercer piso de un país de inmigrantes? La migración desde una perspectiva histórica

A pesar de que la *Revista de Ciencias Sociales* tendió a excluir las investigaciones históricas durante el período estudiado, incluyó un análisis estadístico de la inmigración en Puerto Rico a principios del siglo XIX. En un trabajo muy citado, la historiadora Rosa Marazzi (1974) evalúa el impacto demográfico y económico de los inmigrantes –sobre todo europeos, caribeños y latinoamericanos– en la Isla entre 1800 y 1830. Sus fuentes primarias de información son el *Catálogo de extranjeros residentes en Puerto Rico en el siglo XIX*, compilado por Estela Cifre de Loubriel (1962); la documentación pertinente en el Archivo Histórico de Puerto Rico; y los censos de la población de la Isla entre 1740 y 1970. Marazzi tabuló los datos relativos a 3,175 inmigrantes, mayormente de origen catalán, corso, italiano y venezolano. Su tesis básica es que la inmigración le dio un gran ímpetu a la agricultura y el comercio, primordialmente en los pueblos de la costa nordeste de la Isla, sobre todo San Juan. Además, la autora estima que la inmigración fue responsable del 12 al 20% del crecimiento poblacional de Puerto Rico entre 1800 y 1830. También rechaza la creencia, ampliamente difundida, de que los inmigrantes de la América española, tales como Venezuela y Santo Domingo, tuvieron un efecto ideológico conservador en la Isla.

El meticuloso trabajo de documentación de Marazzi constituye un hito importante en la “nueva” historiografía puertorriqueña de la década de los setenta. Su intento de cuantificar los efectos demográficos y económicos de la oleada migratoria hacia la Isla a principios del siglo XIX –el tercer piso de José Luis González (1984 [1980])– es una aportación duradera a la historia social. Menos logrado es su esfuerzo por evaluar las consecuencias políticas de la inmigración española y extranjera para el desarrollo incipiente de una conciencia nacional en la Isla. A mi juicio, el problema básico es que las fuentes de información manejadas por la autora no le brindan acceso a las mentalidades, lealtades, prácticas o identidades culturales de los inmigrantes o los criollos de la época. Para indagar más a fondo en estos asuntos habría que recurrir a otros tipos de documentos –tales como cartas, testimonios, memorias, crónicas, artículos periodísticos y textos literarios– que no se prestan para el análisis cuantitativo. Ensayos recientes han utilizado provechosamente tales fuentes para el estudio de las representaciones culturales de los migrantes en el Caribe contemporáneo (Martínez-San Miguel, 2003). De todos modos, el artículo de Marazzi sugiere varias pistas intrigantes para la investigación histórica y literaria sobre el surgimiento de un sentido de puertorriqueñidad entre los descendientes de los inmigrantes durante el siglo XIX.

Balance general

En conjunto, ¿cuáles fueron las principales contribuciones de la *Revista de Ciencias Sociales* a los estudios sobre la migración en Puerto Rico? Para empezar, los ensayos revisados esbozan una problemática social interdisciplinaria, que debe incluir mínimamente a la demografía, la economía, la sociología, la antropología y la historia, y también ampliarse a la literatura y las artes. En segundo lugar, se trata de examinar varios tipos de movimientos poblacionales con distintos orígenes y destinos: la emigración a los Estados Unidos, la migración de retorno y la circulación, la inmigración de extranjeros y la inmigración norteamericana en Puerto Rico. En tercer lugar, se ensayan diversos enfoques teóricos, desde la perspectiva económica neoclásica hasta el materialismo histórico. En cuarto lugar, los autores reseñados utilizan múltiples técnicas de investigación, incluyendo la encuesta, la historia de vida, el trabajo de campo etnográfico, el análisis de documentos históricos y los censos de la población. Por último, la *Revista* propició un diálogo académico sostenido durante tres décadas sobre asuntos de interés público, como el control de la población, la política migratoria, el desarrollo de programas de educación bilingüe, la discriminación racial y las repercusiones económicas y políticas de la inmigración extranjera.

Todavía queda mucho por indagar en el campo de la migración en Puerto Rico. La diáspora boricua hacia los Estados Unidos, que parecía haber recesado en los años sesenta, se reanudó con gran fuerza en los ochenta y noventa. Quiénes emigran, por qué lo hacen, hacia dónde se dirigen ahora, cómo se relacionan con otros grupos establecidos fuera de la Isla, son preguntas empíricas que deben contestarse mediante nuevas investigaciones. Entre otros asuntos, hace falta precisar la magnitud de la “fuga de cerebros” –el creciente éxodo de profesionales y técnicos– en los últimos tiempos (Santiago y Rivera-Batiz, 1996). Por qué muchos regresan, quiénes lo hacen, cómo se adaptan a vivir en la Isla y por qué a veces emprenden el viaje de vuelta al continente son aspectos poco comprendidos de la migración de retorno y la circulación entre Puerto Rico y los Estados Unidos. Como ha señalado Juan Flores (2003), hay que documentar mejor el flujo de prácticas e identidades culturales desde la diáspora hacia la Isla. También faltan estudios etnográficos e históricos que establezcan claramente los lazos persistentes entre comunidades específicas en Puerto Rico y los Estados Unidos (Pérez, 2003; Whalen, 2001). Aún no está claro si los nuyoricans siguen concentrándose en el área metropolitana de San Juan o si se han dispersado a través de la Isla (Muñiz, 2001).

En cuanto a la inmigración extranjera, se sabe muy poco acerca de otros grupos aparte de los cubanos y dominicanos, como los colombianos, mexicanos, venezolanos, argentinos, chinos y jordanos, poblaciones que han aumentado rápidamente en Puerto Rico en los últimos años (Huerta Rojas, 2000). Sobre la inmigración cubana, dada su reducción desde los años setenta, sería importante

examinar el crecimiento de una segunda generación nacida en Puerto Rico, así como de personas con padres cubanos y puertorriqueños (Cobas y Duany, 1995). También hacen falta más estudios de caso sobre la inmigración dominicana, especialmente fuera de Santurce –ya que esta población ha sido estudiada anteriormente (Duany, 1990; Duany, Hernández Angueira y Rey, 1995)– y del interior montañoso de la Isla (Pascual Morán y Figueroa, 2000), en lugares como Río Piedras (Peralta, 1995), Carolina y Bayamón. Además se requiere documentar otros aspectos de la comunidad dominicana, más allá de su participación en el mercado laboral, como la creación de empresas y el envío de remesas, el surgimiento de organizaciones comunitarias, su impacto en la cultura popular y en la política electoral en Puerto Rico. Finalmente, la inmigración norteamericana sigue siendo un tema poco explorado, aunque ya se han comenzado a llenar algunas lagunas históricas sobre su “presencia” en la Isla (Bender, 1998).

En síntesis, la *Revista de Ciencias Sociales* ayudó a divulgar investigaciones fundamentales para el análisis y comprensión de los diversos movimientos poblacionales en Puerto Rico. Los ensayos publicados reflejan algunas de las preocupaciones recurrentes de los científicos sociales en la Isla entre los años cincuenta y ochenta. ¿Debería el gobierno alentar la emigración masiva hacia los Estados Unidos? ¿Qué impacto tendría esa emigración sobre la identidad nacional de los puertorriqueños en la Isla y en la diáspora? ¿Cómo se definen racialmente los boricuas en el Norte? ¿Cómo incorporar a los migrantes de retorno y sus hijos en el mercado laboral y el sistema educativo de la Isla? ¿Por qué no se integran muchos residentes norteamericanos a la cultura puertorriqueña? ¿Y, qué hacer con el creciente número de extranjeros, especialmente dominicanos, que viven en Puerto Rico? ¿Cómo fomentar la coexistencia pacífica entre distintos grupos étnicos y la tolerancia a la diversidad cultural? La vigencia contemporánea de tales preguntas planteadas desde la *Revista de Ciencias Sociales* sugiere que, aunque muchas de las respuestas ofrecidas ya estén obsoletas o sean discutibles, queda mucha tela por donde cortar en los desplazamientos poblacionales entre la Isla y la diáspora.

REFERENCIAS

- Bender, Lynn-Darrell, ed. (1998). *The American Presence in Puerto Rico*. Hato Rey, P.R.: Publicaciones Puertorriqueñas.
- Bruckman, Walter H. (1978). Rechazo y atracción como causas de la migración interna en Puerto Rico: Un modelo econométrico. *Revista de Ciencias Sociales* 20 (2): 145-164.
- Cifre de Loubriel, Estela. (1962). *Catálogo de extranjeros residentes en Puerto Rico en el siglo XIX*. Río Piedras: Ediciones de la Universidad de Puerto Rico.
- Cobas, José A. y Jorge Duany. (1995). *Los cubanos en Puerto Rico: Economía étnica e identidad cultural*. Río Piedras: Editorial de la Universidad de Puerto Rico.
- Cordero-Guzmán, Héctor. (1989). *The Socio-Demographic Characteristics of Return Migrants to Puerto Rico and their Participation in the Labor Market, 1965-1980*. Tesis de maestría, Universidad de Chicago.
- Duany, Jorge. (1987). "Buscando ambiente": Estratificación social y minorías étnicas en San Juan, Puerto Rico. *Revista de Ciencias Sociales* 24 (1-4): 105-140.
- _____, ed. (1990). *Los dominicanos en Puerto Rico: Migración en la semi-periferia*. Río Piedras: Huracán.
- _____. (1993). Más allá de la válvula de escape: Tendencias recientes en la migración caribeña. *Nueva Sociedad* 127: 80-99.
- _____. (2002). *The Puerto Rican Nation on the Move: Identities on the Island and in the United States*. Chapel Hill: University of North Carolina Press.
- _____. (2003). La migración caribeña hacia Puerto Rico: Su impacto demográfico, socioeconómico y cultural. *Revista del Instituto de Cultura Puertorriqueña* (en prensa).
- _____, Luisa Hernández Angueira y César A. Rey. (1995). *El Barrio Gandul: Economía subterránea y migración indocumentada en Puerto Rico*. Caracas: Nueva Sociedad.
- Flores, Juan. (2003). Reseña de *The Puerto Rican Nation on the Move*. Diálogo (en prensa).
- _____, John Attinasi y Pedro Pedraza, Jr. (1981). "La Carreta Made a U-Turn": Puerto Rican Language and Culture in the United States. *Daedalus* 110 (3): 193-217.
- Godoy, Ricardo, Irineu Carvalho, J. Thomas Hexner y Glenn P. Jenkins. (2002). *Puerto*

- Rican Migration: An Assessment of Quantitative Studies*. Manuscrito inédito, Programa de Desarrollo Internacional Sustentable, Universidad de Brandeis. Waltham, Mass.: 4 de enero.
- González, José Luis. (1984 [1980]). *El país de cuatro pisos y otros ensayos*. Cuarta edición. Río Piedras: Huracán.
- Hernández, David y Janet Scheff. (1996-97). Puerto Rican Geographic Mobility: The Making of a Deterritorialized Nationality. *Latino Review of Books* 2 (3): 2-8.
- Hernández Cruz, Juan E. (1985). ¿Migración de retorno o circulación de obreros boricuas? *Revista de Ciencias Sociales* 24 (1-2): 81-112.
- Huerta Rojas, Suyín María. (2000). *Los inmigrantes colombianos en Puerto Rico: Modos de comunicación y construcción de identidades*. Tesis de maestría, Escuela Graduada de Comunicación Pública, Universidad de Puerto Rico. Río Piedras, Puerto Rico.
- Inter-University Program for Latino Research. (2002). *Race for Hispanic Country of Origin by Regional Division and State in Census 2000*. Documento electrónico. <http://www.nd.edu/~iuplr/cic/his_org_9-02/ethnic_id_data.html>.
- Iturrondo, Milagros. (2000). *Voces quisqueyanas en Borinquen*. San Juan: Ediciones Camila.
- Kantrowitz, Nathan. (1971). Algunas consecuencias raciales: Diferencias educativas y ocupacionales entre los puertorriqueños blancos y no blancos en los Estados Unidos continentales, 1950. *Revista de Ciencias Sociales* 15 (3): 387-397.
- Landale, Nancy S. y R.S. Oropesa. (2002). White, Black, or Puerto Rican? Racial Self-Identification among Mainland and Island Puerto Ricans. *Social Forces* 81 (1): 231-254.
- Marazzi, Rosa. (1974). El impacto de la inmigración a Puerto Rico de 1800 a 1830: Análisis estadístico. *Revista de Ciencias Sociales* 18 (1-2): 1-44.
- Martínez-San Miguel, Yolanda. (2003). *Caribe Two Ways: Cultura de la migración en el Caribe insular hispánico*. San Juan: Callejón (en prensa).
- Muñiz, Vicky. (2001). *Presentación en el taller "Los de afuera y los de adentro: Toward a Research Agenda on Return Migration to Puerto Rico"*. Río Piedras, Puerto Rico: Programa de Intercambio Académico, Hunter College-Universidad de Puerto Rico, 11 de mayo.
- Muschkin, Clara G. (1993). Consequences of Return Migration Status for Employment in Puerto Rico. *International Migration Review* 27 (1): 79-102.
- Ortiz Negrón, Laura L. (1988). En torno a la migración dominicana en Puerto Rico. *Revista de Ciencias Sociales* 27 (3-4): 147-153.
- Pascual Morán, Vanessa y Delia Ivette Figueroa. (2000). *Islas sin fronteras: Los dominicanos indocumentados y la agricultura en Puerto Rico*. San Germán: CISCLA/Revista Interamericana, Universidad Interamericana.
- Peralta, Reyna A. (1995). *Proyecto para la implantación de un Centro de Servicios Múltiples para Inmigrantes (CENSERMI)*. Tesis de maestría, Escuela Graduada de Planificación, Universidad de Puerto Rico, Río Piedras.

- Pérez, Gina M. (2003). *The Near Northwest Side Story: Puerto Rican Families and Transnational Politics of Belonging*. Berkeley: University of California Press (en prensa).
- Rodríguez, Clara E. (1991). The Effect of Race on Puerto Rican Wages. En *Hispanics in the Labor Force: Issues and Policies*, editado por Edwin Meléndez, Clara Rodríguez y Janice Barry Figueroa, pp. 77-98. Nueva York: Plenum Press.
- _____. (1993). Puerto Rican Circular Migration Revisited. *Latino Studies Journal* 4 (2): 93-113.
- _____. (2000). *Changing Race: Latinos, the Census, and the History of Ethnicity in the United States*. Nueva York: New York University Press.
- Santiago, Carlos E. y Francisco Rivera-Batiz. (1996). La migración de los puertorriqueños durante la década de 1980. *Revista de Ciencias Sociales* (Nueva Epoca) 1: 178-207.
- Seda Bonilla, Edwin. (1958). Patrones de acomodo del emigrante puertorriqueño a la estructura social norteamericana. *Revista de Ciencias Sociales* 2 (2): 189-202.
- _____. (1972). El problema de la identidad de los niuyorricans. *Revista de Ciencias Sociales* 16 (4): 453-462.
- _____. (1973 [1963]). *Los derechos civiles en la sociedad puertorriqueña*. Segunda edición revisada. Río Piedras: Bayoán.
- _____. (1980 [1974]). *Réquiem para una cultura: Ensayos sobre la socialización del puertorriqueño en su cultura y en el ámbito del poder*. Cuarta edición. Río Piedras: Bayoán.
- Seplowin, Virginia M. (1963). Un estudio de integración: El norteamericano en Puerto Rico. *Revista de Ciencias Sociales* 7 (1-2): 113-120.
- _____. (1971). Análisis de la identificación racial de los puertorriqueños en Filadelfia. *Revista de Ciencias Sociales* 15 (1): 143-148.
- Vázquez Calzada, José L. (1963). La emigración puertorriqueña: ¿Solución o problema? *Revista de Ciencias Sociales* 7 (4): 323-332.
- _____. (1979). Demographic Aspects of Migration. En *Labor Migration Under Capitalism: The Puerto Rican Experience*, por History Task Force, Centro de Estudios Puertorriqueños, pp. 223-236. Nueva York: Monthly Review Press.
- _____. (1981). La distribución geográfica de la población de Puerto Rico. *Revista de Ciencias Sociales* 23 (1-2): 93-124.
- _____. (1988). *La población de Puerto Rico y su trayectoria histórica*. Río Piedras, Puerto Rico: Escuela Graduada de Salud Pública, Universidad de Puerto Rico, Recinto de Ciencias Médicas.
- _____. y Zoraida Morales del Valle. (1979a). Características de la población extranjera residente en Puerto Rico. *Revista de Ciencias Sociales* 21 (3-4): 245-288.

_____. (1979b). Características sociodemográficas de los norteamericanos, cubanos y dominicanos residentes en Puerto Rico. *Revista de Ciencias Sociales* 21 (1-2): 3-36.

_____. (1980). Población de ascendencia puertorriqueña nacida en el exterior. *Revista de Ciencias Sociales* 22 (1-2): 1-34.

Whalen, Carmen Teresa. (2001). *From Puerto Rico to Philadelphia: Puerto Rican Workers and Postwar Economies*. Filadelfia: Temple University Press.